

FIN DE UNA ERA EN INDONESIA

La decisión del Congreso del Pueblo de destituir al presidente Ahmed Sukarno pone de actualidad la situación política indonesia y las interrogantes que se alzan en su porvenir tras el brusco cierre de un período de veinte años de historia desarrollada bajo el mando personal del depuesto presidente.

Las montañas de Sumatra constituyen el bastión occidental de un fenomenal mosaico de islas, más de tres mil, extendidas a lo largo del Ecuador, que integran ese joven Estado llamado Indonesia, conocido, durante siglos, por el nombre de «islas de las especias».

La enorme amplitud del territorio en que se extiende ese mundo insular, las dificultades de comunicación entre las islas que lo forman, la variedad de las razas en ellas asentadas (malayos, chinos, indios, papúas, japoneses, indo-europeos, etc.), la diversidad de lenguas, varios centenares, y religiones (islamismo, hinduismo, budismo, cristianismo, paganismo) de sus habitantes, todo ello, en suma, contribuye a dificultar el mantenimiento de una unidad de tipo nacional. Puede afirmarse que el hecho de haber permanecido trescientos años bajo la dominación neerlandesa, es tal vez el único vínculo común entre ellos.

A ese grave obstáculo con que ha de enfrentarse todo Gobierno que pretenda hablar en nombre de Indonesia, pueden sumarse los ingentes problemas de tipo económico que se derivan de una explosiva demografía. Desde 1800 la población de Java creció de seis millones de personas a 28 millones en 1900. Durante el período 1900-1930 la población continuó aumentando. El censo de 1930 daba 40 millones de seres en Java y Madura, y hoy son más de 60 millones (de los 105 con que cuenta el país en su conjunto), con una densidad de población de 650 personas por kilómetro cuadrado, que es una de las más altas del planeta. Al compás de ese vertiginoso aumento demográfico se ha desarrollado aceleradamente la urbanización: Surabaya pasaba de 124.000

almas en 1895 a 148.000 en 1900, a 150.000 en 1905, a 342.000 en 1930, y a 1.200.000 en 1960; Batavia (la actual Yakarta) crecía de 173.000 almas en 1905, a 533.000 en 1930, y a 2.814.000 en 1960; Bandung, de 47.000 almas en 1905, a 167.000 en 1930, y a 941.000 en 1960.

Indonesia consiguió su independencia el 27 de diciembre de 1949. Durante la Segunda Guerra Mundial, «las islas de las especias» estuvieron ocupadas por el Japón y muchos indonesios sirvieron en unidades formadas y entrenadas por japoneses, mientras que otros se alistaban en las guerrillas formadas por holandeses para combatir a los nipones. El Japón había ofrecido a los indonesios la independencia, y a su vez los aliados publicaron el 1 de enero de 1942 una declaración firmada por 26 naciones, que sería la base de las Naciones Unidas, en la que se aceptaba el derecho de los pueblos de autogobernarse.

Al terminar la guerra del Pacífico con la rendición del Japón, algunas brigadas del 12 y 14 Ejércitos británicos, que estaban estacionadas en Birmania, desembarcaron en Indonesia con el objetivo declarado de desarmar e internar a los japoneses. Pero las guerrillas indonesias los habían internado ya, y viendo en este desembarco un intento de restablecer la autoridad colonial, ofrecieron ser resistencia a las tropas británicas. En Surabaya, un ataque de las unidades indonesias contra las fuerzas británicas de ocupación obligó a éstas a reembarcarse apresuradamente. La acción de las fuerzas indonesias se desarrolló de acuerdo con las órdenes emanadas del Gobierno constituido en Yakarta, que había declarado la independencia nacional. La lucha fue encarnada, Bandung quedó medio destruida y ni los británicos ni los holandeses pudieron mantenerse. Para solucionar la situación, los holandeses crearon una unión federal con Indonesia, que tuvo una vida fugaz, ya que fue disuelta en 1954, adquiriendo el archipiélago su plena soberanía.

La independencia obligaba a Indonesia a enfrentarse con una experiencia completamente nueva. El inmenso país, en gran parte por el considerable prestigio personal de Sukarno, logró un éxito fundamental que no puede discutirse: la consecución de la unidad nacional. Teniendo en cuenta el vigor de los impulsos centrífugos que se advierten en todas las naciones nuevas, esto constituye un triunfo notable mucho más meritorio en la antigua Insulindia, de tan heterogénea conformación. No por ello dejaron de manifestarse tales síntomas, como sucedió en el planteamiento de la revolución comunista de Madiun, en 1948. Fue el primer eslabón de una serie de frustrados golpes de Estado e insurrecciones que habían de jalonar la trayectoria política de Indonesia. La revuelta de Madiun fue aplastada por un antiguo comandante de

guerrillas durante la guerra de independencia contra los holandeses, Abdul Haris Nasution, hombre clave en el futuro del país, al mando de la división Siliwangi. Esta intentona fue seguida del golpe de Estado militar de 1952, también abortado, a cuyo término los oficiales más caracterizados fueron gradual y discretamente enviados fuera de Indonesia con el nombramiento de agregados militares en capitales distantes del extranjero. Con ello se pretendía desmontar la solidaridad militar. El fracaso de ambas revueltas dejaba incólume el prestigio presidencial y el hecho de haber reunido en su suelo la histórica conferencia de Bandung, en 1955, elevaba al cenit la aureola de Sukarno ¹.

En marzo de 1956, el primer Parlamento elegido por sufragio en Indonesia aprobaba el Gobierno que había formado el doctor Ali Sastroamijoyo, que estaba compuesto por una coalición de los tres partidos principales—el Nacionalista, el Masjumi y el Nahdatul Ulama—. Todo esto parecía presagiar un clima de estabilidad futura. La participación del Nahdatul Ulama resultaba interesante porque aportaba una mezcla de políticas sociales y económicas progresivas dentro de una línea musulmana ortodoxa. Se esperaba, por otra parte, que las diferencias entre los partidos Nacionalista y Masjumi, que habían terminado anteriormente con otras coaliciones, fueran superadas. Pero el constante aumento de la influencia comunista y la decidida protección que el presidente Sukarno dedicaba al partido comunista (P. K. I.) movieron al jefe del Masjumi, Mohammed Hatta, a dimitir, en noviembre de 1956, su cargo de vicepresidente de la República, al mismo tiempo que afirmaba, rotundamente, que se negaba a admitir miembros comunistas en el Gobierno.

Todo esto creaba un foco de malestar en amplios sectores. Desde noviembre y diciembre de 1956 se advertían en Medan (Sumatra) claras manifestaciones de oposición a la política de Sukarno, puesto que allí predominaba el Masjumi. El coronel Simbolon, entonces comandante en jefe del primer distrito militar (Sumatra central y septentrional) dirigía un movimiento de oficia-

¹ Pese a su considerable popularidad, Sukarno fue objeto de varios atentados contra su vida. El primero se produjo en Yakarta, en noviembre de 1957, cuando le fueron arrojadas varias granadas. El segundo tuvo lugar en Macassar (Célebes) en 1958, y en dicha ocasión varias granadas de mortero hicieron explosión en la carretera por donde se dirigía al aeródromo de Mandai. En 1960 un piloto de las Fuerzas Aéreas ametralló el palacio presidencial. En enero de 1962 una bomba explotaba a 300 metros del presidente, también en Macassar, cuando se disponía a pronunciar un discurso. Y en mayo del mismo año un pistolero abrió fuego contra Sukarno en una mezquita.

les que pedían drásticas reformas en el Gobierno de Yakarta, convencidos de que sólo una nueva generación de hombres políticos podía poner fin a la corrupción y a la mala administración del país. Simbolon era destituido del mando, y en 1957 se producía la insurrección de los coroneles. Estos mandos militares en las provincias distantes de la gran República tienen escaso contacto entre sí y se sienten estimulados a una postura centrífuga por las poblaciones locales hostiles a un fuerte centralismo que consideran impuesto para servir al predominio de los javaneses. Por otra parte, los coroneles se sentían recelosos del auge que había conseguido el partido comunista bajo la protección de Sukarno, que creía en su fidelidad nacional. En el Parlamento, el P. K. I. había alcanzado ya 39 escaños y el Masjumi (partido musulmán, al que pertenecía la mayoría de los coroneles sublevados) veía con recelo su progresivo robustecimiento. La sublevación de los coroneles tuvo a Sumatra por centro principal, extendiéndose a otras islas distantes como Célebes (Sulawesi) y Molucas. El gesto de los rebeldes se fundaba, además de detener el avance comunista, tal como preconizaba Hatta, en la necesidad de que las islas tuvieran mayores recursos para atender a sus propias necesidades (carreteras, puentes, etc.), imponer y administrar impuestos y que sus dirigentes locales llevaran la dirección de sus asuntos propios. Sumatra era la principal opuesta al centralismo porque produce el 70 por 100 de las exportaciones indonesias y cree que Java, como sede del Gobierno central, se enriquece a sus expensas. El Gobierno de Yakarta replicaba que el Parlamento había aprobado una «ley sobre la posición financiera relativa al Gobierno central respecto a las regiones autónomas», y para acallar las demandas, en diciembre de 1956 concedía a Sumatra y otras islas considerables cantidades en dinero efectivo, pero a nadie se le ocultaba el hecho de que ésta era una medida simbólica, ya que la moneda carecía de valor, en virtud de la creciente inflación. Durante el mes siguiente a esa fecha, en que el desafío del coronel Simbolon llegaba a su grado máximo, los anticipos del Banco de Indonesia al Gobierno habían subido de 6.824 millones de rupias a 7.226 millones, y la circulación de talones bancarios había crecido de 8.639 millones de rupias a 9.185 millones. De ello resultaba que la cobertura oro o dólares americanos o canadienses del papel moneda circulante o en depósito había descendido del 20 al 15 por 100. Solamente en el tercer cuatrimestre de 1956 el Banco de Indonesia mostraba un déficit de 223 millones de rupias—diferencia entre 241 millones de transacciones de mercancías y 464 millones de rupias gastadas en servicios—y el país se veía obligado a importar

arroz a consecuencia de la falta de atención a la agricultura². Por otra parte, se advertía claramente la profunda división que se iba adueñando del país, de lo que resultaba índice elocuente el hecho de que los 260 miembros del Parlamento de 1957 representasen a 29 partidos políticos diferentes.

Estas realidades no solamente movían a los coroneles a su pronunciamiento, sino que eran reconocidas implícitamente por Sukarno, que, en enero de 1957, afirmaba que había que descartar la democracia al estilo occidental, que se había venido practicando en Indonesia. «La democracia parlamentaria de tipo occidental—decía—, para tener éxito, requiere un cierto grado de instrucción y de prosperidad, pero Indonesia no posee tales condiciones». Su plan consistía en establecer una «democracia dirigida». El jefe del Gobierno, Sastroamijoyo, se mostraba de acuerdo con las tesis del presidente.

En febrero de 1957 el presidente Sukarno, después de haber recibido a los representantes de los cinco partidos de la coalición de Sastroamijoyo, anunciaba que había elaborado un «plan para salvar la democracia en Indonesia», que había sido apoyado por el P. K. I. A este plan sólo daba su acuerdo de principio el partido Nacionalista. Los musulmanes del Masjumi y los católicos y cristianos se negaban a figurar en un Gobierno en que participaban comunistas y el Nahdatul Ulama (musulmán ortodoxo) anunciaba que sólo figuraría en el Gobierno en el caso de que los representantes comunistas se limitasen a un papel puramente asesor. De esta decisión de Sukarno, de imponer a ultranza el ingreso en el Gobierno de los dirigentes del P. K. I., puede afirmarse que data el enfrentamiento a su persona de los sectores islámicos más caracterizados, entre los que se fue difundiendo la idea de que el presidente tenía profundas concomitancias ideológicas con el P. K. I., al que favorecía en la medida de sus posibilidades. Esta noción, larvada anteriormente, se manifestaba ya ostensiblemente y es la que ahora ha conducido a su derrocamiento.

En marzo de 1957 dimitía Sastroamijoyo y Sukarno encargaba la formación de nuevo Gobierno al doctor Suwirjo, proclamando, simultáneamente, la ley marcial. La situación del país se encontraba gravemente deteriorada. Los partidos políticos mantenían puntos de vista muy divergentes, la dimisión de Hatta había desencadenado signos muy profundos de malestar en sectores influyentes y las revueltas militares de Sumatra, Célebes y Borneo indicaban un

² Indonesia, dotada de tan grandes recursos naturales (caucho, petróleo, copra, azúcar, té, tabaco, aceite de palma, estaño, bauxita, mineral de manganeso, etc.), se veía en una bancarrota económica que sólo podía obedecer a la incapacidad y corrupción gubernamental.

clima próximo a la guerra civil. Resultaba evidente que en el momento de lograr la soberanía, en Indonesia solamente se contaba con un núcleo muy reducido de gentes preparadas para tomar en sus manos las tareas administrativas de un Estado tan vasto y heterogéneo. Por ello, las intrigas políticas tenían un caldo de cultivo muy apropiado. Se demostraba también que si ciertamente Sukarno era una figura nacional, como protagonista de la idea revolucionaria, su dirección política no era la que necesitaba Indonesia en ese momento. Cualquier Gobierno que se formase debía de contar con los dos partidos mayoritarios: el Nacionalista, el más fuerte de Java, y el Masjumi, que era el más poderoso en las islas periféricas. Al no haberse logrado sentar las bases para una colaboración de ambos, la trayectoria del país estaba abocada al fracaso. Mucho más cuanto que Sukarno, dotado de una fértil imaginación, no cesaba de planear nuevos ensayos en su laboratorio político. Así, en abril de 1957, anunciaba la creación de un «Gabinete extraparlamentario de emergencia», constituido por expertos. Era el Gobierno número 17 que tenía Indonesia en once años y estaba presidido por el doctor Yuanda. Lo integraban tres nacionalistas, cuatro miembros del Nahdatal Ulama y otros seis miembros de seis partidos políticos diferentes. El ministro de Asuntos Exteriores era el doctor Subandrio, que había sido embajador en Londres y Moscú.

Durante las elecciones de agosto de 1957, los comunistas triunfaban en Java, demostrando ser el partido más fuerte en las tres capitales provinciales —Bandung, Semarang y Surabaya—. Este acontecimiento endurecía la posición de los coroneles rebeldes que proclamaban, en febrero de 1958, un Gobierno provisional en Padang (Sumatra). El teniente coronel Ahmed Hussein hacía pública esta decisión en nombre de todo el país, pero su carácter provisional se deducía del llamamiento que efectuaba al ex vicepresidente Hatta y al sultán de Yogyakarta para que se uniesen a él. Hussein, en su discurso, declaraba que el objetivo del nuevo Gobierno era derribar al de Java y combatir la «democracia dirigida» de Sukarno. Entre los miembros del Gabinete insurgente, presidido por el antiguo gobernador del Banco de Indonesia, Siafruddin Prawiranegara, figuraba como ministro de Asuntos Exteriores el coronel Simbolon y de Justicia y Defensa el doctor Buhanuddin Harahap. Las primeras medidas adoptadas consistieron en anunciar a las tres compañías petrolíferas (Royal Dutch Shell, Caltex y Standard Vacuum) que dejasen de pagar al Gobierno central y cesasen de enviar petróleo a Yakarta. En ese momento, la rebelión se encontraba en su punto culminante. Las fuerzas insurgentes, en número de 200.000 hombres, ocupaban la sexta parte del territorio indonesio. Los com-

bates siguieron, y desde esa fecha hasta septiembre de 1961—en que la rebelión pudo considerarse prácticamente aniquilada debido en gran modo a los éxitos militares obtenidos por el general Nasution—las bajas producidas, según cifras oficiales, consistieron en 22.000 rebeldes y 3.729 soldados muertos y 4.000 rebeldes y 5.228 soldados heridos. En esa última fecha todavía continuaban luchando unos 7.000 rebeldes.

En julio de 1959 se producía el «golpe presidencial» de Estado al decretar Sukarno la disolución de la Asamblea Constituyente y el retorno a la Constitución de 1945, elaborada por el propio Sukarno, que otorgaba todos los poderes al presidente. Este golpe sólo fue posible por el decidido apoyo del general Nasution al presidente. El fue quien, durante el viaje alrededor del mundo de Sukarno, al ver agravada la situación interior, aconsejó al presidente que regresara, y logró convencer a sus compañeros militares de que apoyasen el retorno a la Constitución de 1945. Nasution entonces era el verdadero hombre fuerte del país. Al dar su apoyo a Sukarno, permitiéndole permanecer en el país, esperaba la colaboración de éste, entre otras cosas, para desarticular el poderoso P. K. I., profundamente infiltrado en la maquinaria del Estado.

Como consecuencia del retorno a la Constitución de 1945, se establecía sólidamente un régimen antiliberal y el doctor Yuanda presentaba la dimisión de su gabinete para facilitar las reformas constitucionales³. Al mes siguiente la desvalorización monetaria sembraba la confusión en todo el territorio nacional. Surgía el mercado negro de los billetes desvalorizados y las empresas industriales y comerciales se enfrentaban con la imposibilidad de abonar los sueldos a sus empleados, ya que las cuentas bancarias habían sido bloqueadas a partir de cierta suma. Sukarno, dirigiéndose al país, anunciaba que la desvalorización monetaria constituía el primer paso para la implantación de la economía dirigida. «El decreto—precisaba—es una acción preliminar para elevar el valor de

³ El 27 de dicho mes los diez componentes del Consejo restringido nombrados por el presidente Sukarno celebraron una reunión en la que adoptaron importantes acuerdos:

El fiscal general del Tribunal Supremo podrá pedir la pena de muerte contra los «que pongan obstáculos a la acción del Gobierno» y podrá requerir la ayuda de la Policía y el Ejército para la ejecución de sus órdenes sin tener que recurrir a los servicios del Ministerio de Justicia. El Gobierno se compone de 43 miembros y no pueden pertenecer a ningún partido político. La misma medida se aplica a los directores de empresas nacionalizadas o bajo el control del Estado, a los militares y a los policías.

Los treinta parlamentarios que no habían prestado juramento a la Constitución de 1945 debían hacerlo antes del día 17 de agosto, y si no lo hiciesen serían destituidos de sus cargos.

la rupia, hacer bajar los precios, aumentar los ingresos del erario público y reducir el déficit presupuestario. El decreto significa una mayor concentración de capital en manos del Gobierno, en beneficio del desarrollo interno de la República». Y el golpe definitivo al liberalismo lo dio Sukarno en enero de 1960 al hacerse cargo del control de todos los partidos políticos con poderes para disolverlos si lo creía necesario⁴. Desde esa fecha el presidente adquiriría poderes dictatoriales.

Con ello aumentaba gradualmente el malestar que se manifestaba de modos muy diversos, entre otros con el estallido de una nueva rebelión en el sur de Célebes, en 1964⁵. Llevado de un irresistible anhelo de conservar permanentemente el poder, Sukarno, proclamado presidente vitalicio, trataba de edificar una política interna fundiendo las tres principales tendencias (la nacionalista, la activista religiosa islámica y la comunista) en un bloque, N. A. S. A. K. O. M., que operase bajo su mando. De esta forma aspiraba a que se neutralizasen mutuamente fuerzas tan poderosas y opuestas, logrando, al propio tiempo, contrabalancear el poder militar. Sukarno no era tan ingenuo como para creer que ésa pudiera ser la solución definitiva para Indonesia y que tendencias tan

⁴ Sukarno anunció la formación de una nueva organización política de masas que sería presidida por él y se llamaba el Frente Nacional, y de un organismo supremo del Estado, ante el cual el mismo presidente será responsable, y que se denominará Congreso del Pueblo. Este Congreso estará formado por los representantes elegidos por las provincias, los actuales miembros del Parlamento y los miembros de los grupos funcionales, nombrados por el presidente.

Los decretos del presidente Sukarno ponían fin al liberalismo que con tanta frecuencia ha condenado como contrario a los intereses de Indonesia.

El primero de estos decretos afecta a los tres principales partidos políticos de Indonesia: Al Masjumi, musulmán, que participó en la rebelión de Sumatra en 1958; a los comunistas y al musulmán Nahdatul U'lama. El único partido que no resultaba afectado era el partido nacionalista indonésico.

El decreto autoriza al presidente para, después de consultar con el Tribunal Supremo, prohibir cualquier partido que vaya en contra de los principios y objetivos del Estado, tenga un programa en contra de estos principios o fines, o haya realizado alguna rebelión que haya sido condenada oficialmente.

El presidente puede destituir a cualquier miembro del Congreso Popular que no reúna las condiciones impuestas para los partidos y, si le parece, puede cambiar a los representantes elegidos por las provincias, nombrando él a los sustitutos.

Aún en enero de 1965 Sukarno usaba estas facultades para prohibir el partido Murba.

⁵ Las fuerzas insurgentes, unos dos mil soldados y mil paisanos, estaban mandadas por el teniente coronel Andjelle Mattela.

dispares pudiesen convivir largo tiempo, pero creía que podría mantener su objetivo el tiempo suficiente para terminar sus días como presidente de la República.

Paralelamente al crecimiento de su egolatría, aumentaba su belicismo. Sukarno no fue nunca hombre pacífico ni templado, pero su dureza y su intransigencia aumentaron extraordinariamente desde que creyó hallar en los conflictos exteriores un derivativo del malestar interno. El éxito de prestigio conseguido con la anexión del Irian (Nueva Guinea) occidental le llevó a declarar la «konfrontasi» con la Federación de Malasia, a la que juraba «aplstar», en un ciego impulso imperialista. Centenares de hombres perecieron en esta insensata acción y el país quedaba arruinado en la estéril empresa. Hasta 1962 el 60 por 100 del presupuesto se dedicó a los gastos militares, y desde esa fecha crecieron en un porcentaje mucho más elevado.

Pese a ello, Sukarno se mantenía sólidamente en el Poder. Pero su obra se derrumbó, súbitamente, cuando en la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1965 el teniente coronel Untung proclamaba la creación de un Consejo Revolucionario, al que se unían los dirigentes comunistas, que estimulaban a las masas al apoyo de «la acción patriótica y revolucionaria».

Se ha especulado mucho acerca de las causas que pudieron decidir al P. K. I, a esta acción tan precipitada. Los motivos permanecen en el misterio y tal vez no sean conocidos nunca. Lo que parece deducirse de las contradictorias versiones circuladas es que los altos mandos militares, alarmados ante la potencia comunista (tres millones de afiliados y varios otros millones en organizaciones adlateres), habían formado un Consejo de Generales para asumir el Poder en el caso de un súbito fallecimiento del presidente, que manifestaba crecientes síntomas de agravamiento de su enfermedad renal. Sukarno, interpretando esta acción como un propósito de los generales de arrebatarse el Poder en vida, encargaba a Untung la confección de un plan—consistente en un golpe de Estado cívico-militar—para desembarazarse de ellos. Es posible que no conociera de antemano que los generales iban a ser asesinados, pero también es cierto que no demostró ningún sentimiento por lo ocurrido, según testimonios fehacientes⁶. El golpe sería ejecutado por fuerzas militares adictas—principalmente la Guardia Presidencial y tropas del Aire, cuyo mariscal

⁶ Supardjo declaraba que al comunicar a Sukarno la noticia de la muerte de los generales, sus torturas y mutilaciones, exclamó: «¡Muy bien. Perfecto. Cosas parecidas suceden en toda gran revolución. La sangre suele correr, pero la revolución debe continuar!»

Omar Dhani estaba complicado en la conjura—y las milicias comunistas, que venían adiestrándose largo tiempo. El golpe estaba, evidentemente, planeado para una fecha posterior, pero se decidió anticiparlo, precipitadamente, cuando durante un discurso Sukarno comenzó a tartamudear en su alocución, por lo que los médicos chinos que le asistían le pusieron una inyección. El informe de dichos médicos, decididamente pesimista, decidió a Untung—de acuerdo con el otro líder militar, Supardjo, y con los dirigentes comunistas Aidit y Njono—a iniciar inmediatamente el golpe para anticiparse a la acción del Consejo de Generales. La primera parte del plan, consistente en privar de mandos al Ejército, estuvo a punto de lograrse, ya que fueron aprehendidos y asesinados los generales Ahmed Yani, Harjono, Parman, Subrpto, Sutojo y Pandjaitan. Pero el ministro de Defensa, Nasution, y Suharto—comandante en jefe de las reservas estratégicas y héroe de la invasión de Nueva Guinea en 1962—, pudieron evitar su captura y asumieron el mando de las fuerzas militares, que, con rapidez impresionante, se hicieron cargo de la situación.

Al fracasar el golpe de Estado, que dejó sumido al país en un mar de sangre, su inspirador, Sukarno, quedaba a merced de los generales, que, provisionalmente, le permitían continuar en el Poder.

A la vista de los acontecimientos que se han sucedido, resulta claro que la táctica de Sukarno consistía en esperar a que las pasiones se fueran serenando con el tiempo, para entonces volver a la antigua situación. Pero los hechos no discurrían por ese camino, ya que la tensión anticomunista se acentuaba. Durante enero y febrero de 1966, la vida política indonesia se caracterizaba por la insistente presión de los jefes militares y del Nahdatul Ulama sobre el presidente para que firmara la prohibición del P. K. I. Habiendo creído llegado el momento favorable para su acción, el 21 de febrero de dicho año Sukarno se arriesgaba a restablecer el antiguo equilibrio nombrando un nuevo Gobierno. Con ello desencadenaba una conmoción, porque el general Nasution quedaba excluido abandonando sus funciones de ministro de Defensa. La determinación de eliminar del Gobierno a la figura más representativa de la línea anticomunista despertaba el recelo de los mandos militares, que consideraron este acto como una clara tentativa del presidente de restablecer su dictadura personal y promover la influencia comunista. Nuevas y más intensas manifestaciones—principalmente de los estudiantes, alentados por las organizaciones afiliadas al Frente del Pantjasila—colocaron al país al borde de la guerra civil. La proclama presidencial del 10 de marzo, pidiendo a las Fuerzas Armadas que fueran «aplastados todos los elementos contrarrevolucio-

narios que intentan conducir la revolución hacia la derecha», elevó a su punto álgido la ofensiva estudiantil, que se dirigió contra los ministros considerados procomunistas: Subandrio (Asuntos Exteriores), Sumaryo (Educación Nacional) y Prujono (Coordinación de la Educación). Los tres Ministerios fueron asaltados y saqueados por oleadas de jóvenes que los cubrían de inscripciones tales como «Subandrio es un perro pekinés», «Colgad a Prujono», etc. Consecuencia de esta efervescencia fueron los choques armados registrados en la base aérea de Halim Perdabah Kusumah, a 12 kilómetros de la capital, que terminaron al ser ocupada por las fuerzas de Suharto el 12 de marzo de 1966. Ese mismo día los generales más caracterizados, con Suharto al frente, mantuvieron una entrevista decisiva con Sukarno en el palacio Merdeka (de la Libertad). Tras cinco meses de vacilaciones, el Ejército exigía la entrega del Poder. Sukarno, que había sido privado del carácter vitalicio de la presidencia, se resignó a firmar el decreto prohibiendo el P. K. I. y nombraba jefe del Gobierno a Suharto, trasladándose, en residencia vigilada, al palacio veraniego de Bogor, a 64 kilómetros de la capital. Continuaba ostentando, de forma simbólica más bien, la Presidencia de la República, al frente de un «Presidium» integrado por Suharto y otros potentes jefes nacionalistas y musulmanes. La primera declaración pública de Suharto fue que «la revolución no se dejaría arrastrar a la izquierda». Inmediatamente eran detenidos 21 dirigentes considerados como procomunistas. Tres días más tarde, la Marina y la Policía, que se mantenían indecisas, daban su apoyo oficial a Suharto.

En marzo del año pasado el Congreso Supremo Consultivo pedía a Sukarno que facilitase una explicación de la política que había seguido durante los días del golpe de Estado y su versión de cómo se había producido aquél. Pese a las reiteradas peticiones, Sukarno se resistió obstinadamente a facilitar tales explicaciones, conducta que aumentó la irritación del país. El pasado 2 de enero el general Alamsjah declaraba que se procedería contra el presidente si continuaba negándose a la petición del Congreso, y por esas fechas el órgano del Ejército, «Berita Yudha», iniciaba una campaña para exigir la dimisión del presidente. Pero Sukarno se mantenía firme, declarando, el 26 de enero, que «solamente dimitiría» en el caso de que los resultados de las elecciones generales de 1968 le fueran desfavorables.

El 12 de febrero Sukarno anunciaba su próxima dimisión. Dos días después reconsideraba su decisión, negándose a dimitir. Choques armados entre enemigos y partidarios del versátil presidente llevaban a Indonesia al borde de la guerra civil. Se daba a conocer que la detención, tras larga búsqueda,

del general Supardjo (verificada en enero) había proporcionado pruebas adicionales en la acusación contra Sukarno de complicidad en el golpe de Estado. Las declaraciones de Supardjo, uno de los cabecillas del abortado movimiento, establecían que se había entrevistado con el presidente en la base aérea de Halim el 1 de octubre, es decir, pocas horas después de iniciada la insurrección. También afirmaba que el nombramiento del general Pranoto Reksosamudra, designado por Sukarno después del levantamiento como jefe de un Gobierno de transición, fue hecho por indicación de los elementos implicados en la intentona. Estos pormenores agravaban la posición de Sukarno, que se iba haciendo insostenible. A las recriminaciones de tipo político se agregaban los reproches por su desordenada vida privada. Se aireaban las grandes sumas que costaba al Tesoro público el mantenimiento de las cinco esposas del presidente (Fatmawati, Hartini, Ratna Sari Dewi, Harjati y Yurike). El enamoradizo «guía de la Revolución» se unía a mujeres de todas las clases sociales (Yurike era modelo y Ratna Sari camarera), a las que proporcionaba una vida sumamente costosa para el Estado. También se hablaba de corrupción, ya que su esposa japonesa, Ratna Sari, intervenía en operaciones financieras de gran volumen (uno de sus últimos actos fue la firma en Tokio de un contrato con una sociedad constructora por valor de 250 millones de pesetas).

Para cortar de raíz el malestar popular y alejar toda perspectiva de nuevos manejos del presidente, el Congreso del Pueblo ha decidido, por fin, la destitución de Sukarno, encargando de sus funciones, a título provisional, al general Suharto. Con esta determinación se cierra un capítulo, agitado y doloroso, de la vida de Indonesia.

JULIO COLA ALBERICH.

CRONOLOGIA

